

La derecha reaccionaria trumpista recupera el poder



Fuente: El País

El aumento de la polarización política

Un golpista (el asalto al Capitolio, sede del Congreso Nacional, del 6 de enero de 2021) y un convicto (condenado por un jurado por 34 delitos en el caso de los pagos ilegales a la actriz pornográfica Stormy Daniels) ha ganado las elecciones presidenciales de 2024 en los

Estados Unidos de América (EUA) y por partida doble, no solo en el Colegio Electoral (esto era bastante previsible), sino también en votos populares (y esto, *a priori*, era menos probable), un escenario que para un Republicano no se había producido en los



últimos 32 años). Donald Trump ha sido el segundo caso de un Presidente reelegido tras perder el poder después de un primer mandato, siendo el único precedente el de Grover Cleveland, Presidente entre 1885 y 1889, derrotado por Benjamín Harrison, pero que recuperó el poder entre 1893 y 1897. La clara victoria de Trump en 2024 ha sido superior a la de 2016 porque en ese año la demócrata Hillary Clinton perdió en el Colegio Electoral, pero obtuvo cerca de tres millones más de votos populares, mientras que el rendimiento de Kamala Harris ha sido muy inferior al esperado al haber sido derrotada en los dos sentidos.

Los EUA son el único país pluralista que aún utiliza el anacrónico sistema del Colegio Electoral que prima a los territorios sobre los ciudadanos, lo que ha distorsionado en cinco ocasiones el desenlace al entronizar en la Presidencia a perdedores en votos populares. Se trató históricamente de un compromiso entre Estados esclavistas y Estados libres que ha sido imposible de suprimir o reformar pese a que en dos siglos se han presentado nada menos que unas 700 propuestas al respecto, todas archivadas. Dada la tan complicada fórmula para la reforma constitucional (2/3 de las Cámaras y ratificación por 3/4 de los

Estados) se han barajado algunas soluciones que podrían sortear esta dificultad: extender la excepción de Nebraska y Maine, los dos únicos Estados en los que el reparto de compromisarios presidenciales es proporcional, a diferencia de todos los demás en los que el ganador se los lleva todos (*winner takes all*), o bien otorgar todos los votos que representen a 270 compromisarios (la mitad más uno del conjunto) al ganador del voto popular y, de momento, bastantes Estados se han adherido a esta propuesta (*National Popular Vote Interstate Compact*).

Entre los escenarios preelectorales barajados por diversos analistas se preveían o victorias muy ajustadas de Trump y Harris o muy claras de uno de los dos, siendo prácticamente descartable un empate a 269 votos. Se suponía que el dilema estaría entre la continuidad de un gobierno liberal moderado y respetuoso de la Constitución o una reedición populista agravada del primer mandato de Trump en 2016 y muy imprevisible en su despliegue. En el escenario de una victoria de Harris se veía muy improbable el control Demócrata de las dos Cámaras, lo que hubiera dado paso a un escenario de “gobierno dividido”, aún más bloqueado por un Tribunal Supremo (TS) muy



mayoritariamente conservador (seis a tres). En cambio, en el caso de una victoria de Trump se daba por descontada la victoria de los Republicanos en el Senado y con casi total seguridad en la Cámara de Representantes, en cuyo caso los únicos contrapesos recaerían en los Gobernadores estatales Demócratas y en los jueces federales (no del TS) no conservadores y es lo que ha ocurrido.

Actualmente se dan elementos de desunión en los EUA nunca antes vistos: hay un declive del sentido cívico y del tradicional asociacionismo, han crecido el pesimismo y el resentimiento y la polarización entre los dos grandes partidos del país es altísima y radical. En efecto, la polarización se ha convertido en un rasgo definitorio de la política estadounidense que enfrenta a bloques cerrados e incommunicados y aunque el fenómeno está más acentuado en las élites ha permeado a la sociedad en la que han resurgido pulsiones *tribalistas*. Por otra parte, el bipartidismo tradicional está en crisis: los Republicanos ya no son el GOP (*Grand Old Party*), sino el partido de Trump y del movimiento que ha generado, el MAGA (*Make America Great Again*) y los Demócratas han acentuado sus

rasgos *liberales* (en el sentido que la expresión tiene en los EUA que es diferente al europeo), pero más en cuestiones identitarias que sociales y este distanciamiento mutuo ha incrementado la intolerancia y larvadamente tiende a alimentar la violencia política. La derecha radical estadounidense ha sido muy hábil al atizar las “guerras culturales” contra los progresistas (dominados por la ideología *woke*), de ahí el énfasis en las tradiciones, la religión y el orden con objeto de recortar derechos (dificultar el aborto, el matrimonio homosexual o la eutanasia, por ejemplo) e imponer censura (retirada de lecturas “inapropiadas” en las escuelas).

El trumpismo como fenómeno ideológico

Trump no es un político confiable porque no cree en la democracia liberal, para él un mero expediente procedimental formal que debe plegarse a sus objetivos. En efecto, Trump no cesó de insistir en que, si no ganaba las elecciones, eso significaba que estaban trucadas y por ello tenía preparado a un ejército de abogados para impugnar los resultados en los Estados clave, con la seguridad de que el TS le acabaría dando la razón. Durante la campaña llegó al extremo de amenazar a los funcionarios



y empleados públicos electorales y de exigir retrasar el recuento de votos si las primeras proyecciones no le eran favorables. Este estilo claramente *iliberal* le ha llevado a anunciar que indultará a los golpistas (que él llama “patriotas”) que asaltaron el Capitolio en 2021, la primera vez que un traspaso del poder no fue pacífico en los EUA. Completamente diferente ha sido la actitud de los Demócratas al reconocer la victoria de Trump en 2024 y a garantizar una transición totalmente pacífica, institucional y respetuosa de las reglas.

El trumpismo es ya un fenómeno que va más allá de la persona que lo encarna y ha venido para quedarse, siendo asombrosa la abducción del Partido Republicano por este movimiento de tal suerte que casi han desaparecido los moderados entre sus élites dirigentes, aunque un 9% de sus electores no sintoniza con el máximo líder. El trumpismo representa a un potente movimiento popular de masas y el fenómeno MAGA es la encarnación de una derecha radical populista con impulsos autoritarios e iliberales y con un proyecto que reducirá aún más la calidad democrática de los EUA que ahora mismo ya es deficiente. Se trata de una combinación de nacionalismo excluyente, rechazo del multiculturalismo, intolerancia, xenofobia, proteccionismo

aislacionismo, tradicionalismo moral, negacionismo climático y autoritarismo antipluralista como principales ingredientes.

Hay una serie de *think tanks* ultraconservadores que llevan tiempo financiando a candidatos Republicanos y ahora más que nunca pues el proyecto es el de volver a los EUA de los años veinte del siglo pasado, antes del *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, considerado por aquellas entidades como un modelo “no americano” y socializante. Se trata de *The Heritage Foundation*, *Freedom Partners Chamber of Commerce*, *American Enterprise Institute* y *Americans for Prosperity*, una mezcla de neoconservadores y *libertarians*, todos ellos desreguladores y anti redistribución social. *The Heritage Foundation*, en particular, ha impulsado el Proyecto 2025 (*Mandate for Leadership. The Conservative Promise. Project 2025. Presidential Transition Project*) que aboga por un férreo control de las fronteras, expulsión de irregulares, proteccionismo, recorte del gasto público social, control sobre los funcionarios, vigilancia sobre los centros docentes y expansión de la autoridad ejecutiva con las mínimas trabas posibles.

En suma, Trump refleja la fuerza de la tradición populista de los EUA, pero en su versión



reaccionaria puesto que históricamente existió otra progresista y ha generado un culto a la personalidad con adhesiones incondicionales, con independencia de sus reprobables actos y de sus declaraciones explosivas. Además, se trata de un narcisista patológico que ha visto reforzada su imagen mesiánica tras los fallidos atentados.

¿Por qué ha ganado Trump?

Puesto que, al final y una vez más, se ha impuesto la famosa frase “es la economía, estúpido” (campaña electoral de Bill Clinton en 1992), aunque los resultados al respecto del primer mandato de Trump no fueron especialmente brillantes (en su fase final aumentó un tanto el paro y la inflación repuntó ligeramente), dejó el recuerdo de que en esa etapa se gozó de un nivel de vida mejor que el que ha dejado Joe Biden y esta percepción, aunque algo deformada, la comparte nada menos que el 65% de los ciudadanos. Trump sintoniza muy bien con tantos votantes porque capta el malestar no solo de los obreros blancos del *rust belt* (las antiguas zonas antes industrializadas del centro del país) sino también de una buena parte de los trabajadores latinos (casi el 50% de los varones) y, por primera vez, de un sector ya no insignificante de los hombres negros. Trump explota muy

bien los miedos y los resentimientos de los sectores sociales deprimidos del país, mayoritariamente blancos, y recoge el voto de protesta. Más en particular, ofrece mano dura contra el crimen, confrontación comercial con China, rebaja de impuestos (sobre todo a las rentas altas, aunque esto suele pasar desapercibido), limitación de intervenciones militares externas y control severo de la inmigración y todos estos objetivos satisfacen al menos a la mitad del país. El electorado trumpista es cautivo del mito de los años del desarrollismo industrial de posguerra en un país mucho más *blanco* que el actual (entonces el 90%, hoy el 70%). Trump capta el apoyo de ultraconservadores (31%), partidarios del libre mercado irrestricto (25%), nativistas (20%), anti élites (19%) y antipolíticos (5%): en 2016 alcanzó unos 63 millones de votos, en 2020 obtuvo unos 74 y en 2024 unos 76, su récord, y ha conseguido forjar una amplia coalición entre algunos grandes intereses del capital financiero, industrial y tecnológico con sectores obreros, rurales y de pequeñas ciudades (encuestas de *Ipsos Poll/ABC News*).

Ciertamente, el trumpismo es imbatible entre los varones blancos con bajos niveles de estudios, pero sería reductivo centrarse en este dato puesto que ha mejorado notablemente sus resultados entre las mujeres blancas, los



jóvenes, los titulados, los latinos y parcialmente incluso entre los varones negros. Puede sorprender, de entrada, que un misógino y un racista como Trump haya recibido apoyo de tantas mujeres (solo las negras lo rechazan muy masivamente) y de sectores no irrelevantes de las minorías étnicas, lo que refleja el arraigo social de la mentalidad *conservadora* y el deseo de preservar el mínimo *status* conseguido (muchos latinos regularizados rechazan a los “sin papeles” por muy hispanos que sean), así como la preservación de *sus* empleos. Trump resulta creíble para muchos sectores populares porque hace promesas sobre la mejora económica personal y sobre la seguridad y alienta el mito de que recortar los impuestos a los ricos, por ejemplo, aumentará la inversión, algo que no suele ocurrir después. Es interesante analizar las prioridades de los electores: la economía 39%, la inmigración 20%, el aborto 11%, el sistema de salud 8%, el cambio climático 7%, el crimen 4%, las armas 4% y el racismo 4%. Por tanto, parece evidente que la inflación que ha disparado el precio de los alimentos (9.9% en 2022 y 5.8% en 2023) y el casi inasumible coste de la vivienda han sido *issues* muy relevantes. En contra de las expectativas de los Demócratas el buen rendimiento de la macroeconomía ha sido

irrelevante para el bolsillo individual de muchos ciudadanos y además el aumento de las primas de los seguros y de los alquileres no se incluyen en la tasa de inflación, lo que produce una distorsión estadística que no calibra bien el fenómeno.

Trump tiene una estrategia mediática que funciona: pueden sorprender sus disparates (como, por ejemplo, afirmar que los inmigrantes haitianos se comen las mascotas), pero eso tiene su lógica pues se trata de estar *permanentemente* en los *mass media* y en las redes sociales que no cesan de prestar atención a sus exabruptos hiperbólicos y en este terreno es imbatible. Trump es un polarizador nato y sabe centrar su mensaje en dos o tres asuntos con impacto, así como cultivar una imagen de político no convencional y anti *establishment* y en esto radica una de las causas de su triunfo. Con Harris todo era más previsible pues, en realidad, no ofrecía más que un mero continuismo de las políticas de Biden y resultó irrelevante que quedara mucho mejor que Trump en el único debate que celebraron.

Desde la perspectiva europea es sorprendente que un candidato convicto y acusado de otros tres delitos gravísimos haya podido concurrir a las elecciones porque la inhabilitación política es absolutamente excepcional (solo prevista en



el art. XIV, sección 3 de la Constitución para muy pocas circunstancias y suscitó dudas entre los especialistas de los EUA que esta cláusula pudiera aplicarse a Trump), pero es difícil que en tiempos de la “guerra fría” con la URSS un candidato así hubiera podido presentarse precisamente porque en la confrontación con aquel sistema alternativo había que demostrar entonces la superioridad *efectiva* de los principios y valores de la democracia liberal. Peor todavía, en uno de los otros tres juicios debería responder por haber incitado a la turba que asaltó el Capitolio, algo que en Europa habría terminado con su carrera política, al igual que el burdo intento de fraude electoral en algún Estado en 2020. Pues bien, el TS ha concedido ahora a los Presidentes del país una amplísima inmunidad, lo que implicará blindar la institución: por tanto, los procesos judiciales en curso se acabarán archivando o, en cualquier caso, quedarán auto indultados. La conclusión, al respecto, no puede ser más descorazonadora: la mayoría ha preferido un Presidente golpista y convicto antes que a una Presidenta mujer y negra, además de respetuosa de la Constitución.

Encuestas y resultados

A tenor de los resultados finales está claro que las encuestas subvaloraron la movilización

de los Republicanos y sobrevaloraron la de los Demócratas y lo cierto es que con Trump erraron tanto en 2016 como en 2020. En las encuestas de 2024 en casi todas se daba una situación de empate técnico y reflejaban una gran incertidumbre los famosos siete *swings States* (encuestas de *Nate Silver*). Lo que las encuestas no previeron ha sido el abandono de tantos votantes Demócratas pues la desmovilización de los mismos ha supuesto nada menos que cerca de catorce millones de abstencionistas, de ahí que, al final, el resultado no haya sido el 49%/ 51% presagiado, sino 48%/ 52% (no dos puntos de diferencia, sino cuatro). Las empresas encuestadoras se han convertido en un elemento de presión nada desdeñable y condicionan bastante el comportamiento electoral del votante indeciso y del independiente. Si ya el papel de las redes sociales es enorme desde principios de este siglo, en las elecciones de 2024 ha sido crucial: de un lado, Trump ha entendido mucho mejor que los progresistas los cambios comunicativos de hoy, de tal suerte que quien domina las redes gana, y de otro, las grandes tecnológicas (los “siete magníficos”: Alphabet/ Google, Amazon, Apple, Meta/ Facebook, Microsoft, NVIDIA y Tesla)- antaño mayoritariamente proclives a los Demócratas- se han pasado a los



Republicanos, sobre todo por su rechazo a pagar más impuestos que hoy, por cierto, son muy bajos. En particular, la contribución de Elon Musk- que posee el 4% de la riqueza personal de los EUA- ha apoyado de modo incondicional y masivo la campaña tóxica y manipuladora de Trump: su súper PAC (*Political Action Committee*) ha invertido más de 118 millones de dólares para apoyar a Trump y desde su plataforma X no ha cesado de difundir falsedades electorales.

En los EUA en la mayoría de los Estados suelen estar muy o bastante claras las tendencias electorales *azules* (Demócratas) o *rojas* (Republicanos)- una singular inversión de los colores políticos en comparación con la política europea-, de ahí que la clave radicara en los *swings States*: en esta ocasión los resultados de las encuestas no ofrecían ningún ganador claro en Pensilvania (19 compromisarios), Georgia (16), Carolina del Norte (16), Michigan (15), Arizona (11), Wisconsin (10) y Nevada (6). En 2016 Trump ganó en todos menos en Nevada y en 2020 ganó Biden salvo en Carolina del Norte: pues bien, en 2024 Trump se ha impuesto en los siete. En 2020 votaron más de 158 millones de ciudadanos (66%), mientras que en 2024 lo han hecho unos 152 millones (63%), es decir, algo más de seis

millones no participaron. El 40% de los *registrados* (y en algunos Estados los trámites son engorrosos y, a veces, incluso disuasorios, sobre todo en los gobernados por los Republicanos) no votó y los que no se registraron pudiéndolo hacer pasaron de 12 millones en 2020 a 19 millones en 2024. La abstención no ha perjudicado en absoluto a Trump (gana incluso dos millones de votos con relación a 2020), pero ha sido letal para los Demócratas (catorce millones). Así pues, Trump ha obtenido más de 76 millones de votos y Harris poco más de 73, unos tres millones y pico de diferencia, mientras que en 2020 Biden alcanzó nada menos que 81 millones y Trump 74. Paralelamente, en el Congreso Nacional los Republicanos han ganado por mayoría absoluta en las dos cámaras, Senado y Representantes, lo que facilitará extraordinariamente el despliegue de las políticas trumpistas en sus dos primeros años. Trump ha ganado en casi todos los ámbitos: se ha impuesto entre los blancos (hombres y mujeres), los varones latinos, las áreas rurales y las pequeñas y medianas ciudades, entre las rentas inferiores y los de menos titulaciones (pero con importantes avances entre los titulados) y Harris solo ha ganado entre las mujeres negras (con mucha contundencia en este caso, mayor que entre los varones negros) y las rentas altas y en algunas



grandes urbes.

¿Por qué han fracasado Harris y los Demócratas?

Los Demócratas parecen no entender que el fenómeno trumpista no es una rareza o un accidente temporal provisional, sino que encarna a un movimiento nacional muy profundo de la sociedad estadounidense. No sirven excusas del tipo: se ha mostrado excesiva insensibilidad frente al horror de Gaza, hubiera sido mejor Josh Shapiro que Tim Waltz como candidato a Vicepresidente, se tenían que haber hecho más guiños a los trabajadores y no centrarse solo en las minorías, Musk tiene la culpa o Biden debería haberse retirado antes y otras de este tenor. Estas explicaciones pueden tener su parte de verdad, pero no van a la cuestión central que es la de no haber convertido la lucha contra la creciente desigualdad en el eje de la campaña pues confiar en el voto femenino, juvenil, latino y negro no ha funcionado, todo ello sin ignorar que una candidata mujer y negra -y de fichaje *in extremis*- no ha resultado movilizador, pese a lo *histórico* que hubiera sido su triunfo.

En los años sesenta del siglo pasado la clase obrera industrial era el gran bastión de los Demócratas, mientras que hoy son los licenciados universitarios y las estrellas

cinematográficas y musicales.

En los años sesenta los sindicatos todavía tenían fuerza organizativa, mientras que hoy, con el predominio aplastante del sector terciario y la atomización de los trabajadores, las viejas lealtades electorales, así como la solidaridad de clase, han desaparecido. Harris ha ganado entre las mujeres latinas y negras, pero con resultados inferiores a los de Biden en 2020 y ha sido incapaz de penetrar con fuerza en el *rust belt*. De todos los factores asumidos por los Demócratas como errores seguramente uno de los que más les ha perjudicado ha sido el incomprensible empecinamiento de Biden de no querer ceder el testigo prácticamente hasta el final tras su desastrosa y penosa intervención en un debate con Trump: aunque es indemostrable, es muy posible que si hubiera renunciado a la Presidencia hace dos años alegando razones de salud, Harris habría tenido la oportunidad de mostrar sus dotes de estadista además de haberse convertido en tal supuesto en la primera mujer y negra Presidenta. El efecto Harris al ser designada duró muy poco (ella no se forjó tras una larga campaña de primarias dada la premura de los tiempos tras el tan tardío anuncio de Biden de que no repetiría) y es sabido que en los EUA se necesita mucho tiempo para consolidar una candidatura, de ahí que llegara demasiado tarde a la carrera



electoral. Además, su campaña fue demasiado centrista (tampoco le sirvió de mucho atraerse a unos pocos Republicanos no trumpistas como Liz Cheney) e indiferenciada del legado de Biden y llegó a afirmar que no se le ocurría en qué podía diferenciarse de él, una declaración sorprendentemente torpe en una campaña electoral. Cabe recordar que en las primarias que le enfrentaron a Biden en 2020 sostuvo puntos de vista bastante más avanzados contra el *fracking*, a favor de potenciar la asistencia sanitaria o flexibilizar la política migratoria, cuestiones que ha archivado por completo en 2024.

Los aspirantes Demócratas al Senado en los siete *swings States* ganaron en cuatro, mientras que Harris perdió en todos: este voto dual refleja su debilidad como candidata. La cuestión del aborto, central para Harris, no le dio dividendos: en Arizona, por ejemplo, se hizo paralelamente un referéndum que ha introducido el derecho al aborto en la Constitución del Estado, pero ella perdió, lo que prueba su flaqueza como candidata incluso en un asunto tan central de su política. Se ha dicho que los EUA no están preparados para tener como Presidenta a una mujer y, además, negra, pero, en realidad, si fuera conservadora no habría el menor problema. Las dos únicas mujeres que lo han intentado (Clinton y Harris)

pertenecen al Partido Demócrata y esto hará difícil repetir la apuesta en 2028, una prueba más en todo caso de las dificultades suplementarias que han de afrontar las mujeres en política.

Al margen de las capacidades subjetivas, lo fundamental ha sido el *gap* entre la macroeconomía (que va bien) y la microeconomía (que va mal para muchos ciudadanos) y esto es lo que no entendieron los Demócratas que siguen sin explicarse por qué los logros económicos generales de Biden no han tenido ninguna recompensa. Pues bien, pese a la reducción del paro y el control relativo de la inflación en la fase final, la percepción para muchos ciudadanos es negativa por el aumento de los precios de los alimentos, la vivienda (aumentos del 47% en los últimos cuatro años), las hipotecas o los seguros de los automóviles y de la salud. Trump se va a encontrar con una economía que ha repuntado y su reto será ofrecer alguna compensación a sus votantes de base- más allá de no gravar las propinas, por ejemplo- y es algo que está por ver.

Basta observar un mapa electoral de los EUA para confirmar que los Demócratas tienen un problema estructural severo: son el partido de los Estados de la costa pacífica, de la costa noratlántica y, en parte, de los Grandes Lagos, con



muy raras excepciones en el resto del país. Mientras sean incapaces de penetrar territorialmente en el enorme mapa del todo dominado por los Estados *rojos* es muy difícil que puedan acabar con el trumpismo que va más allá de Trump. Y ello a pesar de que el Partido Demócrata refleja mejor que el Republicano la compleja pluralidad de la sociedad de los EUA, pero su concentración territorial, que tiene una evidente incidencia desequilibradora en la distribución representativa, es un serio factor de limitación. La impresión que dan los Demócratas es que han abandonado a los trabajadores, sea ello real o no, puesto que no acaban de atreverse a reorientar su política en la dirección de la equidad social redistributiva que retome lo mejor de su tradición histórica (el *New Deal* de Roosevelt y la *Great Society* de Johnson) y eso pese a que el primer Biden sí hizo política en esa línea, pero en su fase final la ralentizó, lo que aumentó su impopularidad, algo fatal para Harris que se convirtió así en el chivo expiatorio. El problema es que la desigualdad social avanza sin freno: el 1% acapara el 21% de todos los ingresos personales, más del doble del 50% inferior; el 1% de los más ricos posee el 35% de toda la riqueza personal, el 10% de los que les siguen el 71% y el 50% inferior solo dispone del 1%. Creer que los “tuyos” te van a

hagas lo que hagas y, mientras tanto, no adoptar decididas políticas económicas reguladoras de los excesos del mercado y socialmente redistributivas tiene como consecuencia el abandono de votantes antes fieles, de ahí que ya no se pueda presuponer como antaño disponer de sólidos nichos electorales incondicionales. Los Demócratas deberían alejarse de la ideología *woke* pues, entre otros factores, es un error tratar a las minorías como bloques compactos y hace que sus élites sean percibidas como desconectadas del país real, además de que renunciar a valores universales es regresivo, tal como muy bien ha explicado Yascha Mounk. En definitiva, la clase social, el nivel educativo, los ingresos, en buena medida el género y (todavía) la raza, además de las inercias territoriales, han sido los factores básicos que explican el diferente comportamiento electoral de los votantes Republicanos y Demócratas, al margen de la diferente selección de prioridades: Trump acertó de lleno al incidir en la inflación y la inmigración, mientras que Harris, al centrarse en el aborto y los riesgos para la democracia si ganaba su adversario erró el tiro. El dato de la inflación es particularmente evidente para reflejar el contraste: para el 73% de los votantes de Trump era la preocupación básica, mientras que al 78% de los votantes de Harris esta dimensión no le preocupó y este llamativo *gap* traduce muy bien que los Republicanos



dimensión no le preocupó y este llamativo *gap* traduce muy bien que los Republicanos sintonizaron con las rentas bajas, mientras que los Demócratas lo hicieron con los acomodados.

Propuestas y objetivos de Trump

Mientras los Demócratas se centraron sobre todo en cuestiones identitarias y en algunos derechos de las mujeres, los Republicanos acertaron al focalizar su campaña en el coste de la vida y en la eventual competencia de la inmigración irregular. Los principales objetivos de Trump se han centrado en impulsar políticas económicas proteccionistas (pese a que elevar los aranceles acabará incrementando la inflación), rebajar impuestos- sobre todo a los más ricos-, lo que implicará recortar los ya deficientes servicios públicos, restringir severamente la recepción de inmigrantes, optar por el aislacionismo y -en su caso- el unilateralismo (*America First*) y ampliar la desregulación que beneficiará aún más a las grandes tecnológicas; sin ignorar su proyecto político iliberal tendente a laminar la separación de poderes y reforzar al máximo al poder ejecutivo. La propuesta estrella de Trump es, en efecto, la de disparar los aranceles, en particular a China (60%) e incluso a la Unión Europea /UE (10%), pero está por ver que pueda llevar

hasta sus últimas consecuencias sus guerras comerciales a nivel internacional y, además, acabarán impactando negativamente entre casi todos los que le han votado. El otro gran objetivo, casi obsesivo, es el de la expulsión de inmigrantes irregulares, algo objetivamente imposible (se estima que son entre once y catorce millones los que residen “sin papeles” en los EUA) y costosísimo (implicaría pérdidas de unos 300.000 millones de dólares en caso de que fuera factible), así como ampliar la absurda valla en la frontera mexicana cuya eficacia disuasoria es muy limitada. Por otra parte, cabe recordar que Trump es un negacionista climático, de ahí que sea muy probable la nueva retirada de los EUA de los ya de por sí poco ambiciosos Acuerdos de París: todo ello implicará más prospecciones petrolíferas, más consumo de combustibles fósiles, desprotección del agua y de los parques naturales y así sucesivamente.

Su proyecto iliberal va a ser difícil de revertir (basta ver las dificultades del gobierno polaco de Donald Tusk para redemocratizar el país tras los gobiernos del partido reaccionario Ley y Justicia) porque Trump procederá a nombramientos de jueces federales jóvenes y ultraconservadores, de tal suerte que tal orientación permanecerá durante décadas: aunque los Demócratas recuperen el poder se



toparán con una judicatura federal muy mayoritariamente hostil a sus posiciones. En el TS el dominio ya es amplísimo, en los Tribunales de Apelaciones los ultraconservadores hoy suponen un tercio, acercándose al 30% en los Juzgados de Distrito.

En general, la política exterior no acostumbra a ser decisiva en las elecciones de los EUA y en esta ocasión se ha confirmado de nuevo: todo presagia que la política internacional va a cambiar con Trump pues, de entrada, los EUA tenderán a intervenir menos ya que hace tiempo que se acabó la estrategia de exportar la democracia y construir naciones libres a la fuerza tras los desastres de Afganistán, Irak o Libia. Trump siempre ha sintonizado con los autócratas y procurará centrar la confrontación en el ámbito comercial, con repliegue militar. Es muy probable que Ucrania sea forzada a negociar con Rusia y no precisamente en muy buenas condiciones, lo que implicará tener que hacer dolorosas concesiones territoriales. Trump asimismo alentará a Benjamin Netanyahu a “completar” sus operaciones militares cuanto antes dándole aún más carta blanca que Biden que ya es decir. Trump intentará retomar los contactos entre las Monarquías petroleras del Golfo e Israel, presionará sin ir más allá a Irán y es muy

probable que no sea muy contundente en su apoyo formal a Taiwán frente a China. Aunque a Trump en el fondo le gustaría desvincular los EUA de la OTAN ahora tal posibilidad es más complicada por recientes reformas legislativas del Congreso que dificultan tal escenario, pero es seguro que forzará a todos los socios de la Alianza a incrementar sustancialmente sus aportaciones económicas.

Para impulsar este programa Trump ya ha empezado a forjar su futuro equipo de gobierno en el que prima de forma absoluta la lealtad personal incondicional sobre la profesionalidad y el conocimiento técnico. Elon Musk, un manipulador de las redes, se encargará de recortar las Administraciones federales; Robert F. Kennedy jr., un antivacunas conspiranoico, dirigirá la Secretaria de Salud; Matt Gaetz, un abusador sexual, iba a ser el Fiscal General, aunque al final ha tenido que renunciar; Tulsi Gabbard, admiradora de Vladimir Putin, dirigirá los Servicios de Inteligencia, Pete Hegseth, un agresor sexual, será el Secretario de Defensa o Elise Stefanik, futura embajadora en la ONU, considera que esta entidad es antisemita. Pese al control por mayoría del Senado, Trump quiere incluso evitar ese engorroso trámite aprovechando una posibilidad bastante excepcional



(nombramientos en receso) que permite eludir el grueso de los controles y evitar sorpresas.

Con Trump aumentarán las tensiones comerciales con la UE y ésta sigue mal preparada al respecto: en primer lugar, porque ni siquiera es capaz de implementar las urgentes recomendaciones del plan de Mario Draghi para hacer frente al mundo que se avecina y, a continuación, porque son muchos los trumpistas europeos, empezado por Viktor Orbán y Giorgia Meloni, por ejemplo. En efecto, la UE sigue atrapada por sus Estados nacionales que no quieren ir más allá, de ahí que, retórica a parte (*ever closer union*, ser actor geoestratégico mundial relevante), seguirán predominando los intereses particulares de cada país. En teoría Trump podría objetivamente y a pesar suyo reforzar la integración europea por su beligerancia comercial, pero es dudoso que ello ocurra porque los gobiernos europeos se deben solo a sus electores nacionales (no existe el Pueblo Europeo) y porque la UE está trufada de ‘independentistas’ nacionalistas y anti federalistas (toda la derecha radical en bloque).

¿Hacia una democracia liberal?

Trump encarna el auge de la ola reaccionaria mundial que está ganando electoralmente en muchos países y en la UE reforzará aún más a dirigentes como Orbán, Meloni, Le Pen y hasta

Abascal, al margen de que gobernantes autoritarios como Putin o Netanyahu se verán beneficiados al respecto. De un lado, la política global entra en una nueva era bastante imprevisible, y de otro, Trump- que parecía una anomalía- se ha convertido en la *normalidad* que se avecina. La estrategia trumpista es doble: colonizar todas las instituciones del Estado que pueda y hacerlo al modo de Orbán para dar paso a un régimen iliberal, solo aparentemente democrático manteniendo ciertas formas superficiales. Si ya la calidad de la democracia liberal de los EUA es deficiente (los principales centros investigadores internacionales al respecto ya la describen como “defectuosa”, basta ver, por ejemplo, las evaluaciones de V-Dem), con Trump empeorará. Los EUA tienen un sistema político anquilosado, con excesivos mecanismos restrictivos y contra mayoritarios de tal suerte que el margen de innovación es muy limitado dado el bloqueo en la mayoría de las instituciones. El segundo mandato de Trump se perfila como más peligroso que el primero porque ya conoce los resortes internos del poder, de ahí que evitará la imagen caótica del primer mandato con cambios constantes de responsables de cargos públicos y políticas erráticas. Es decir, lo esperable es que despliegue una agenda política claramente reaccionaria y con un equipo de incondicionales



dispuestos a implementarla. Ante este grave riesgo involucionista, los únicos contrapesos que van a quedar serán los Gobernadores estatales Demócratas, algunos jueces federales realmente independientes y profesionales y los *mass media* liberales, pero todos ellos en una situación de clara inferioridad.

En conclusión, en 2028 los dos grandes partidos de los EUA tendrán que dar paso a nuevos liderazgos: en el Republicano lo más plausible es que J. D. Vance suceda a Trump, mientras que en el Demócrata todo está abierto. En suma, los escenarios de futuro están condicionados por el legado que deje Trump- previsiblemente muy iliberal- y por la eventual y hoy improbable regeneración del Partido Demócrata.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat

Catedrático emérito de ciencia política
de la Universidad de Barcelona



Fuentes de referencias:

- He consultado aleatoriamente *La Vanguardia* y *The New York Times* y a diario *El País* durante todo octubre y la primera quincena de noviembre.
 - X. Calafat. “Harris o Trump: claves para entender quién ganará las elecciones de EE.UU. 2024”, *Agenda Pública*, 1 noviembre 2024.
 - J.M. Colomer: *La polarización política en Estados Unidos. Orígenes y actualidad de un conflicto permanente*, Debate, Barcelona, 2023.
 - A. Deysine: “EE.UU.: El largo trabajo de erosión de la derecha radical”, *Sin Permiso*, 3 noviembre 2024.
 - J. Holzer et al.: “Elecciones EE.UU.: La estafa del Colegio Electoral. Dossier”, *Sin Permiso*, 27 octubre 2024.
 - R. Kagan: *How antiliberalism is tearing America apart*, WH Allen, Londres, 2024.
 - R. Kuttner et al.: “Elecciones EE.UU.: El bloque trumpista. Dossier”, *Sin Permiso*, 27 octubre 2024.
 - R. Kuttner y H. Meyerson: “Especiales elecciones EE.UU.: El futuro de los demócratas. Dossier”, *Sin Permiso*, 17 noviembre 2024.
 - M. Moore: “Elecciones en EE.UU.: Dudas de última hora”, *Sin Permiso*, 3 noviembre 2024.
 - P. Morillas (coord.): *Elecciones presidenciales als Estats Units: una mirada des de l’agenda transatlàntica*, Notes Internacionals CIDOB, 310, 2024.
 - Y. Mounk: *La trampa identitaria. Una historia sobre las ideas y el poder en nuestro tiempo*, Paidós, Barcelona, 2024.
 - M. Roberts: “EE.UU.: Unas elecciones sobre la economía, la inmigración y las políticas de identidad”, *Sin Permiso*, 9 noviembre 2024.
 - C. Rodríguez-Aguilera de Prat: “Un sistema electoral anacrónico”, *Agenda Pública*, 3 noviembre 2020.
 - J. Saint Clair y otros: “Elecciones norteamericanas: El desastre de los demócratas y Harris. Dossier”, *Sin Permiso*, 10 noviembre 2024.
 - P. Soriano Mendiara: “Trump gana: ¿por qué y para qué?”, *Agenda Pública*, 6 noviembre 2024.
 - P. Soriano Mendiara: “Tras la victoria de Trump: ¿por qué han perdido los demócratas?”, *Agenda Pública*, 11 noviembre 2024.
 - A. Tooze et al.: “Especial elecciones EE.UU.: Trump y el electorado estadounidense. Dossier”, *Sin Permiso*, 15 noviembre 2024.
-



- Varios: “Idees d’actualitat. El retorn de Trump: perilla la democràcia?”, *Idees*, 7 novembre 2024.
- Varios: “Los Estados Unidos de Trump”, *La Vanguardia Dossier*, 93, 2024.
- Varios: “Mal d’America”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 3, 2024.
- Varios: “¿La nación indispensable?”, *Política Exterior*, 219, 2024.
- Varios: “El sonido y la furia. ¿Pueden las encuestas predecir el resultado de las elecciones de los Estados Unidos?”, *Sin Permiso*, 3 noviembre 2024.

Publicat per:



**Associació per a les
Nacions Unides
a Espanya**
United Nations Association of Spain

Amb el suport de:



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no fa necessàriament com a seves les opinions expressades per els seus col·laboradores.
